

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA CULTURA ESPAÑOLA Y LA EUROPA ACTUAL

SUMARIO: 1 Contenido del estudio.—2. Precisión de términos: a) Cultura; b) Cultura española; c) Europa.—3. Presentación.—*La cultura española*: 1. Valoración histórica.—2. Estructuras culturales.—3. Creatividad de la cultura española actual.—4. Algunos problemas de fondo: a) Falta de interés; b) Control y dirigismo; c) Culturas regionales; d) Relación cultural con el exterior.—*Marco cultural de la Europa actual*: 1. Existe una cultura europea.—2. Cultura multidimensional: a) Por sus múltiples contenidos y vertientes; b) Por la conciliación de aspectos dispares; c) Por la variedad de objetos e instrumentos culturales.—3. El desarrollo y la democracia cultural.—4. Intercambio y cooperación.—5. Una cultura en crisis.—*Caminos de acceso*: 1. Recuperación.—2. Apertura.—3. Promoción: a) Clima favorable a la cultura; b) Educación para todos. Cultura literaria y científica; c) Misión del Estado; d) Las fundaciones privadas como impulsoras de la cultura.—*Conclusión*.—*Notas bibliográficas*.

1. *Contenido del estudio*

El objeto de nuestra reflexión alcanzará a algunos de los problemas que en el momento presente suscitan las relaciones de la cultura española con la del resto de Europa. Cuestión ésta de tan amplia extensión que forzosamente habremos de acotar y tratar en forma abreviada. Mas cuestión también—creo que convendremos en ello—que importa considerar separadamente, dentro del conjunto de materias que el proceso de acercamiento de España a la Europa comunitaria, obliga a tener presente en el actual momento de nuestra vida nacional.

No es ninguna novedad subrayar que el presente de la vida española se desarrolla bajo el signo del cambio en todos los niveles y perspectivas: cambio político, económico, social, religioso, y, desde luego, cambio cultural. España, sociedad industrial en vías de desarrollo, se encuentra en un momento de difícil transición, con exigencias cada vez más acuciantes de libertad y participación ciudadana. Momento, además, de dificultades económicas y de inquietud

social. Momento, en fin, de difícil ubicación en una Europa a la expectativa.

Estamos, en suma, ante una mutación de algunos valores característicos de nuestra sociedad. Creo que en este contexto no será del todo inútil detener nuestra atención en un elemento espiritual, la cultura, conformado—como Renan decía de la nación—por tradiciones y exigencias cotidianas, que está directamente implicado en el fenómeno de cambio, a la vez como origen y como consecuencia.

2. *Precisión de términos*

a) *Cultura*.—Al hablar de cultura pienso en un sistema de ideas, creencias y valores y en sus manifestaciones externas y estéticas.

De los tres significados que T. S. Eliot descubre en el término «cultura», según que se contemple desde la perspectiva de un solo individuo, de un grupo o clase social, o del conjunto de una sociedad (1), aquí nos referimos al tercer sentido, concepto global que afecta a una comunidad entera.

La cultura del individuo aislado, resultado de cultivar su sensibilidad e intelecto, es tributaria de la cultura del grupo social o clase a que pertenece. Cuando una sociedad alcanza cierto grado de complejidad funcional, aparecen en ella diversos niveles culturales, atribuibles a sus clases o grupos sociales, que constituyen un elemento activo en el proceso de transformación. Las culturas de estos grupos sociales se erigen así en culturas interiores de la comunidad a la que pertenecen. De aquí que nuestro punto de observación alcance al plano general de la cultura comunitaria, sin olvido de su estructura interna y sus componentes parciales.

Desde esta perspectiva de conjunto, Von Wiese ha definido la cultura como la forma de estar racionalmente instalado en el mundo (2). Y Ortega y Gasset, como el repertorio de soluciones vitales que ha ido creando cada pueblo a lo largo de su historia (3). Arnold Toynbee alude al desafío exterior que provoca la reacción cultural de cada comunidad humana (4). Y el propio Eliot precisa que en el concepto de cultura se comprenden todas las actividades e intereses característicos de un pueblo.

b) *Cultura española*.—Al referirnos a la cultura española, la entendemos, por tanto, globalmente y en su estado actual. Al estar nuestra cultura inmersa en el ámbito de la cultura europea, por razones

geográficas e históricas, acotaremos algunos problemas y orientaciones, propios de la cultura en España, que nos ayuden a establecer la comparación que buscamos.

c) *Europa*.—Finalmente, está el punto de referencia: Europa. Mas, ¿qué Europa? La respuesta no puede dejar de ser concreta: la más desarrollada económica, industrial y científicamente, dentro del ámbito occidental, la Europa del Mercado Común y de la integración.

Esta Europa no es un producto natural, ni un supuesto geográfico espontáneo, sino una creación de la Historia. Es sabido que el concepto político de Europa carece de tradición en la Antigüedad, y no comienza propiamente hasta la Edad Media, con la coronación de Carlomagno en el año 800. Podemos afirmar que Europa es, ante todo, un fenómeno cultural. Para Koschaker (5) la mezcla de elementos grecolatinos, cristianos y germánicos constituye la esencia de la cultura europea, cuyo cenit se alcanza en el siglo xx. Es entonces cuando los países balcánicos se incorporan culturalmente a la comunidad europea, y cuando la cultura europea penetra profundamente en Rusia. Merced al imperio colonial español y portugués, al de Holanda y al de Francia e Inglaterra, la cultura de Europa había penetrado en otros continentes e incluso—especialmente por lo que se refiere a las conquistas técnicas—en civilizaciones tan viejas como las de China y Japón.

Tal crecimiento y expansión territorial sufrieron con la primera guerra mundial un repliegue, que el fin de la segunda guerra y los acontecimientos posteriores han convertido en franco retroceso, en favor de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, libres de la influencia histórica del Derecho y la Iglesia de Roma.

A esta Europa, en su actual contexto cultural, presente en las preocupaciones del momento español, volveremos nuestra reflexión.

3. *Presentación*

Comparezco ante ustedes en calidad de director gerente de una institución, la Fundación «Juan March», marcada por una indeclinable vocación cultural. Además de su vertiente de asistencia social, los objetivos y las actividades de la Fundación giran—dentro de la medida de sus recursos y posibilidades—en torno de una preocupación

primordial: la promoción de nuestro país en los campos científico, artístico, técnico y humanístico.

Esta preocupación obliga a una mirada atenta sobre nuestra situación cultural, sus problemas y posibilidades, a una toma de postura y a una respuesta activa. En este sentido mis reflexiones expondrán una forma de ver las cosas y un propósito de colaborar a animarles de la mejor manera posible.

LA CULTURA ESPAÑOLA

1. *Valoración histórica*

En términos generales, el nivel de la cultura en España, visto como un todo, es objeto de una extendida evaluación negativa. Desde las voces autorizadas de Ramón y Cajal, que afirmaba que España «no es un país decadente ni degenerado, pero sí ineducado e intelectualmente atrasado» (6), o de Francisco Giner de los Ríos, que se lamentaba de «la incultura del espíritu patrio» (7), hasta las de hoy, la impresión no ha mejorado.

Las interpretaciones extranjeras no son tampoco favorables. Voltaire, Montesquieu, Schiller, madame Staël, Víctor Hugo y tantos otros intelectuales que fueron oráculos de su tiempo, han participado en prejuicios que descalificaban en bloque a la cultura española. La pregunta que se hacían los enciclopedistas franceses acerca de la contribución de España a la civilización europea, y su respuesta negativa, ha vuelto a formularse dos siglos después, en términos semejantes y con análogo resultado, en el libro de sir Kenneth Clark, *Civilisation*, que ha servido de base para una gran serie televisiva de notorio éxito en los países del norte de los Pirineos (8).

Probablemente nuestros detractores no hayan querido reparar en los aspectos positivos de nuestra cultura histórica, acaso por nuestra incapacidad secular de hacer valer las aportaciones españolas a una cultura europea transnacional: «La poca ambición de España—escribía Quevedo—tiene en manos del olvido las cosas que merecieron más clara voz de la fama.» Y añadía: «¡Oh desdichada España!... Sólo cuando veo que eres madre de tales hijos creo que ellos, porque los criaste, y los extraños porque ven que los consientes tienen razón en decir mal de ti» (9).

Acaso también los apologistas de nuestra cultura, desde Juan

Pablo Forner a don Marcelino Menéndez y Pelayo, han radicalizado su defensa, en posición dialéctica que hace caso omiso de las graves deficiencias que la historia de nuestra cultura moderna pone de manifiesto a quien la examina sin pasión y con luces comparativas de lo que simultáneamente sucedía fuera de nuestras fronteras.

Son un hecho el esplendor de nuestra cultura en los tiempos del Imperio romano y del medievo europeo, en el que España, los reinos hispánicos, constituyen una parte de la identidad del mundo cristiano. La poca habilidad de Alfonso el Sabio de Castilla para ser coronado emperador en lugar de Ricardo de Cornualles, no obsta a que el Sacro Imperio se planteara en términos de identidad cultural con España. Nuestro Siglo de Oro constituye un período de afirmación y presencia en Europa de la lengua de Castilla, de los géneros literarios españoles, del refinamiento de una pintura universal, de estimables investigaciones científicas. Pero es cierto que en el siglo xvi el humanismo renacentista español sufre un revés histórico que marcará el principio de una larga decadencia. Estamos en los albores del distanciamiento cultural de España del resto del pensamiento europeo, alejamiento que va a perdurar hasta nuestros mismos días. Frente al racionalismo y el libre examen, principios que van a inspirar el desarrollo cultural de Europa en los siglos xvii y xviii, la inteligencia española va a quedar sujeta a la escolástica católica y a vínculos de autoridad y tradición.

El siglo xviii encuentra en el denodado esfuerzo de la Ilustración un paréntesis en decenios de incuria y abandono. «¡Gotosa está España!», exclama Feijoo. «Si España está abátida—responderá Jovellanos—es porque la ignorancia triunfa.» Participan en el propósito ilustrado desde el católico marqués de la Ensenada al volteriano conde de Aranda. Y una pléyade de espíritus críticos, cultos y viajeros, de Villarroel a Cadalso, de Campomanes a Floridablanca y Moratín. Mas el intento dura poco y el largo reinado de Fernando VII, con que se inaugura el siglo xix, arrastra de nuevo a la cultura española al ostracismo y desentendimiento del signo de los tiempos. La agitación política se enseñorea del siglo y de los problemas culturales surgen el enfrentamiento entre la tradición y el deseo de renovación, y entre éste y el orgullo de la originalidad nacional, vinculado a una estricta unidad religiosa (10).

La Restauración, que quiso ser un renacimiento, no fue sino, en frase de Pío Baroja, «una falsificación». «Tras de esa época—agrega—hemos comenzado a notar que no tenemos una ciencia española, ni

una gran literatura moderna, ni un gran arte contemporáneo, ni una cultura general, ni tenemos historiadores. La Restauración nos mixtificó todo y dio una apariencia de España europea que se vino abajo con estruendo» (11). La labor de la Institución libre de Enseñanza—que nace de la expulsión de la Universidad de Giner, Azcárate y Salmerón por un gobierno Cánovas—alcanza al mundo universitario y docente y hace germinar los brotes de una florida generación, la de 1927, que parece poner fin al pesimismo secular encarnado por sus predecesores del 98. En el duelo entre renovación y conformismo, la balanza vuelve a inclinarse hacia el liberalismo renovador de hábitos y tradiciones culturales. Pero la nueva cultura española y sus nombres más representativos—Ortega, Marañón, Sánchez Albornoz, Menéndez Pidal, Américo Castro, Unamuno, Lorca, Picasso, Falla y un largo etcétera—, quedan presos de la terrible dialéctica política que embarga a las concepciones mismas de la posible vida en común entre españoles.

La historia política de España y de Europa desde 1936 no hace sino más profundas las anteriores diferencias, y es ahora, en estos momentos, cuando el tránsito vuelve a hacerse posible y cuando nuestras estructuras culturales parece quieren ponerse en línea—en búsqueda del tiempo perdido—con sus equivalentes de otros países del Norte con los que es legítima la emulación y el deseo de convivencia.

2. *Estructuras culturales*

Mas, ¿cuáles son las estructuras culturales españolas y cuáles sus rasgos definidores?

Un dato relevante que conviene retener por su novedad es que en el tiempo presente, y junto a una cultura «superior», de alcance reducido y con gusto hacia objetivos de calidad, ha nacido una cultura de masas, originada por la producción en serie y típica de la sociedad de consumo. El hecho es importante a causa del inferior nivel de creación cultural que en España tienen las minorías respecto al elemento popular.

Baroja advertía que España no ha tenido esas minorías de cultura media propias de los países centroeuropeos. «Algunos hombres extraordinarios y luego, plebe», afirma. Mas no se vea valor peyorativo en esta abrupta afirmación barojiana, ya que inmediatamente

agrega: «Cuando en España hemos pretendido formar centros de cultura, hemos llegado a muy poco; en cambio, la plebe, cuando se ha lanzado a su obra, a pelear con el moro, a colonizar América, a luchar con el francés o a inventar sus héroes, ha hecho algo grande» (12).

Además de esta primera diferenciación general, están también los distintos ámbitos culturales, rural, urbano y suburbano y las culturas y subculturas derivadas, y las variadas culturas regionales, con diferentes niveles de calidad y de extensión. Habría que discernir, además, entre una cultura oficial, claramente conformista hasta fechas recientes, y otra cultura de tipo crítico, del que la Universidad es exponente, encaminada a una acción transformadora de la realidad. Todos estos estratos están sometidos a un mismo proceso de constitución en cultura de masas, mediante la utilización de la industria cultural—libros, cine, teatro, prensa, radio, televisión—, que permite el consumo masivo de sus respectivos mensajes.

Algunos autores se han referido a las distintas generaciones de intelectuales que conviven hoy en España, sujetas a diferentes influencias (13): los nacidos en torno a 1900 (Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Zubiri, Lafuente Ferrari, etc.), que siguen la línea de la generación de 1927, a la que algunos pertenecieron. Los nacidos hacia 1916 (Aranguren, Lain, Marías, Rof, Tovar, Ferrater, Tierno, etc.), condicionados por la experiencia de la guerra civil, sufren la politización de la vida cultural con todas sus secuelas. Después, dejando aparte a la más joven, la generación de intelectuales nacidos en torno a la guerra civil (Abellán, Elías Díaz, Castellet, Vázquez Montalbán, González Seara, Amando de Miguel, etc.), se caracteriza, según las anotaciones de García San Miguel (14), por el interés por la sociología y el marxismo y su utilización como método de investigación de la sociedad; por la consideración de la economía y de los aspectos socio-económicos; por la polarización de ciertos grupos hacia el positivismo lógico; por la introducción del anarquismo en el ámbito de las preocupaciones culturales, y por el sentimiento democrático.

Con estas estructuras hay que contar: con un nivel cultural deteriorado, con una incipiente cultura de masas y con unos sectores intelectuales de distinta procedencia territorial, institucional y generacional que, dentro de sus diferencias, han asumido conciencia crítica ante el estado de la cultura en España.

3. *Creatividad de la cultura española actual*

Según he indicado, una cuestión debatida es la del carácter creador de nuestra cultura. A este respecto una conocida revista, *Cuadernos para el Diálogo*, publicaba en agosto de 1974 un número titulado así: «¿Existe una cultura española?» Pregunta que no pretendía ser tendenciosa, sino meramente interrogante sobre el momento actual de la cultura española. El resumen, según esta revista, es que nuestro pasado cultural en lo que tuvo de gloria «no ha sancionado para siempre la existencia de una capacidad creadora, cuya probabilidad presente (más allá de unos cuantos nombres importantes y de resonancias universales) se hace necesario cuestionar» (15).

Comentando estos estudios, el profesor Aranguren interpreta que, lo que se plantea es valorar la contribución actual de España al acervo cultural común y supranacional y mantiene que «la España de la posguerra —incapaz obviamente de obra cultural—, lo único positivo que hizo —que en su tiempo no fue poco— fue recuperar de los desastres de la guerra una parte de la cultura anterior a ella, recomponerla y prolongarla sin apenas aportación creativa seria» (16).

José Luis Abellán, por su parte, concreta la cuestión en «si España es hoy un pueblo creador de cultura o resulta meramente un país receptor de lo que se hace fuera». Advierte que en lugar del «negro pesimismo» que aflora al considerar la cultura producida de fronteras adentro, hay una respuesta radicalmente distinta cuando en la cultura española se contabiliza la obra realizada por españoles fuera de España. Son exponentes de ella nombres como los de Picasso, Miró, Buñuel, Casals, Sert, Ochoa, Juan Ramón, Alberti, Guillén..., algunos de los cuales «han contribuido a modelar algunos aspectos esenciales de la cultura occidental del siglo xx» (17).

En esta cuestión de la creatividad importa a mi juicio distinguir vertientes culturales. En concreto, las Letras y las Artes, por un lado, y las Ciencias por otro: mientras que en las primeras se alcanzan cotas relativamente altas, aun aceptando el bajo nivel cultural que padecemos (es excelente, por ejemplo, el nivel de creación de los pintores y escultores españoles contemporáneos, entre los que son de mención obligada a Tàpies y Chillida), en las segundas —aparte de contadísimas excepciones— España vive en estricta dependencia exterior.

Este problema esencial, y sobre el que continuamente se viene insistiendo, desde la ya famosa «polémica de la ciencia española».

sigue en pie. «Aunque se han hecho considerables esfuerzos, hay todavía un problema de desarrollo científico en relación con el volumen de necesidades de la sociedad... Apenas existen caminos efectivos que conduzcan al aprovechamiento industrial y, en general, tecnológico, de nuestras posibilidades científicas actuales, lo que se demuestra de forma evidente por la alta colonización de nuestro desarrollo industrial, plagado de patentes, y que supone una cuantiosa y lamentable sangría de royalties, cifrada en decenas de miles de millones de pesetas, que deberían ser cuidadosamente invertidas en potenciación de nuestros cuadros formadores de investigadores dentro y fuera de nuestras universidades», concluye al respecto el profesor Rodríguez Villanueva (18).

4. *Algunos problemas de fondo*

La crisis y las dificultades de la cultura española obedecen a problemas de fondo, que hay que considerar de frente. Permitanme destacar cuatro de ellos, muy relevantes a mi juicio:

a) El primero es la *falta de interés por la cultura*, como tónica general en la que todos estamos implicados, Estado y sociedad. Es notoria la poca valoración social que tiene entre nosotros el investigador, el estudioso, el profesor de disciplinas abstractas. Cuentan de Ganivet que su novia huyó espantada cuando le oyó decir que lo que quería ser era catedrático de griego.

Esta despreocupación se traduce en una grave falta de promoción cultural, que nadie busca y a nadie parece interesar. Los atónitos palurdos sin danzas ni canciones que cantaba Machado en los primeros lustros de este siglo, nos recuerda Tovar (19), son lo que ha quedado de los castellanos que antaño tenían la poesía de Lope para regalarles el oído en los escenarios y que guardaban la música popular que recogía el ciego Salinas.

b) El segundo problema es el *control y el dirigismo cultural*. La censura, la recortada libertad de pensamiento, la prohibición de actos culturales, el favorecimiento de ciertas tendencias y orientaciones privilegiadas, los muros de contención colocados a algunas minorías culturales son simplemente hechos de la experiencia cotidiana.

Estas limitaciones y barreras denotan una actitud de defensa y temor, que sólo son posibles cuando se ven con recelo las manifestaciones culturales y los valores que las producen. Cuando se preserva,

se protege, se controla y se dirige la cultura, es porque ésta es considerada como «un caballo de Troya» que pone en peligro la seguridad de un orden. Lo cual implica a su vez que se detecta un antagonismo de creencias y valores y que se tiene la convicción de que el pueblo a quienes van dirigidos—o que los produce—no está maduro para una cultura más libre.

c) En el mismo contexto de «encauzamiento cultural» puede incluirse un tercer problema, el de las *culturas regionales* españolas. Así como hay un problema de pluralismo en el campo general de las ideas, valores y manifestaciones, que afecta a todos por igual, así también hay un problema peculiar de pluralismo en el caso de ciertas culturas regionales (en especial la catalana, vascongada y gallega). Más allá de las manifestaciones folklóricas también es un hecho que no sólo no se ha estimulado la cultura propia de estos pueblos, sino que se han reprimido valores consustanciales a ellos. La competencia lingüística en el territorio español no puede estar sometida en su victoria o en su derrota al régimen político: menguada sería la fortuna de la lengua que necesitase de esta protección, indicaba Manuel Azaña en el Parlamento hace casi medio siglo (20). Y el tema es de una importancia primordial, al poseer España una rica diversidad de culturas regionales, con sus consecuencias e implicaciones políticas, económicas y sociales.

d) Finalmente, en otro orden de cosas, los problemas se refieren a la *relación cultural de España con el exterior*, considerada en su doble movimiento de fuera adentro y de dentro afuera.

No podemos hablar de una presencia adecuada de la cultura exterior—y en concreto de la europea—en España. Ciertamente, estas culturas foráneas están presentes entre nosotros e influyen, pero no de manera satisfactoria, bien por el retraso de su venida, bien por notables ausencias o por significativas discriminaciones. Y eso sin referirnos al eco que todavía encuentra en amplias capas de nuestro pensamiento el viejo apotegma de Angel Ganivet: «Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas.»

En cuanto hace al movimiento cultural inverso, de dentro de España hacia afuera, hay un problema de falta de vocación exterior. Guillermo Díaz Plaja piensa que, debido a nuestro localismo y preocupación por lo más inmediato y porque quizá a los otros no les «sirve» lo que hacemos, nos falta la voluntad de existir en el mundo y de

crear a escala universal y, además, de poner los medios necesarios para lograrlo (21).

Hay también en este contexto de la salida hacia el exterior un tema obligado: el de las emigraciones intelectuales. Ahora ya no se trata de vocación exterior, sino, desgraciadamente, de una salida forzada de la que tanto se está escribiendo y hablando con las imágenes de «la España ausente» o «la España peregrina» (22). Se trata, en primer lugar, de la amputación que supuso para la cultura española el éxodo de científicos, profesores, literatos y artistas con ocasión de la guerra civil, y cuya recuperación, en proceso creciente, pero parca y problemática hasta hace poco, llega tarde en muchos casos. Más recientemente asistimos a otro éxodo de artistas, profesores y científicos jóvenes, que se enrolan en este fenómeno de emigración hacia países en donde esperan encontrar mejores posibilidades y menos trabas para su realización profesional.

Falta de promoción de la cultura, dirigismo, asfixia de las culturas regionales, deficientes canales de comunicación con el exterior, ausencias intelectuales... Podríamos, sin duda, hacer más larga la lista de los problemas generales a considerar en nuestra reflexión. Pero hora es ya de abordar el examen del marco cultural de Europa, nuestro contraste en esta conferencia.

MARCO CULTURAL DE LA EUROPA ACTUAL

Europa, hasta ayer reina del planeta, no es hoy sino un problema doloroso, «una dama madura inquieta entre dos jóvenes gigantes», como escribe Hubert Deschamps (23). Con la reducción de sus límites territoriales, que en otro tiempo cubrían el universo, y con la vertiginosa ascendencia en el mapa político internacional de sus jóvenes rivales (los Estados Unidos y la Unión Soviética), Europa está transformando elementos capitales de su cultura en un rápido proceso, aún sin concluir, de adaptación a los nuevos tiempos.

El progresivo apagamiento de la idea cultural grecolatina, difundida durante siglos por la Iglesia católica, es, para Koschaker, un síntoma revelador de aquel proceso: la formación clásica comienza a batirse en retirada, debido en parte a la tecnificación de la cultura europea, que hace posible una formación cultural sin latín y libre de Roma. También destaca este autor que el socialismo, con su carácter

de idea moderna universal, aparece como un competidor del cristianismo, factor tradicional del universalismo europeo (24).

Plegada por vez primera en sus fronteras geográficas continentales, Europa busca su unidad y el marco cultural que haya de corresponderle en el futuro. Sin pretender definir de un modo completo el perfil de esta cultura europea contemporánea, expondremos a continuación una serie de tendencias y orientaciones de particular relieve para nuestro propósito.

1. *Existe una cultura europea*

Si bien las fronteras entre los países son un símbolo de las luchas y discusiones que han tramado la historia de Europa, estas fronteras son también símbolo de unos puntos de contacto por donde se ha deslizado un «espíritu europeo», construido sobre la comunicación de grandes movimientos culturales. Se dan, por supuesto, elementos diferenciadores de índole geográfica, histórica, económica y social que permiten hablar de las distintas culturas nacionales que se ubican en Europa; sin embargo, hay elementos comunes que superan la singularidad nacional y que en un nivel más amplio constituyen y amparan una cierta unidad.

Al desarrollo científico y técnico y a la intercomunicación de ideas, valores y formas de vida, que son el conjunto más visible de esta unidad, hay que añadir un cierto talante espiritual, una cierta idea del hombre, fraguada a lo largo de la historia, y una voluntad de unión y cooperación. El hombre europeo —decía Paul Valéry— no se define por la raza, ni por la lengua, ni por las costumbres, sino por los deseos y la amplitud de su voluntad. Y Bernard Voyenne afirma que la historia de la idea europea es la historia de la conciencia europea (25).

A este respecto la «idea europea» —objeto de un reciente informe del primer ministro belga Leo Tindemans, que recoge a la vez la crisis actual de la idea y las posibles vías de solución (26)— evoca el problema de saber si por encima de los pueblos, lenguas, religiones y Estados europeos existe una comunidad superior.

En un plano organizativo, la conciencia de una cultura europea sigue vigente. El Consejo de Europa pretende la unión entre sus miembros «a fin de salvaguardar y promover los ideales y los principios que son su patrimonio común», según reza el artículo 1.º de sus Estatutos. El Convenio Cultural Europeo del año 1954 (del que España es fir-

mante) recomienda por su parte una política de acción común «para salvaguardar la cultura europea y favorecer su desarrollo».

Finalmente, el plan a medio plazo para 1976-1980, elaborado por el Consejo de Cooperación Cultural, tiene como uno de sus objetivos «promover la toma de conciencia de la especificidad de la cultura europea en un contexto mundial y de sus implicaciones para la cooperación intergubernamental en Europa», y afirma como principio que «la construcción europea se basa desde sus orígenes en la toma de conciencia de una 'identidad cultural' de Europa a través de la riqueza, variedad y complementariedad de las culturas regionales y nacionales, siendo una de las primordiales tareas del Consejo de Europa la de promover entre los europeos el sentimiento de pertenecer a una comunidad multinacional fundada sobre un patrimonio cultural común» (27).

2. *Cultura multidimensional*

Quizá el rasgo general y a la vez más característico de la cultura europea contemporánea sea su variedad de dimensiones, lo que podríamos llamar su carácter multidimensional.

a) Multidimensional, por su nueva concepción (28), que se abre a *múltiples contenidos*, a consecuencia de las transformaciones experimentadas en las sociedades industriales. A la cultura de las Humanidades se une hoy la cultura de las Ciencias, en razón a que la formación del espíritu moderno pasa por dos caminos universales de nuestro tiempo: la ciencia y la técnica. Estas constituyen un hecho cultural en sí, por su relación con el hombre y con la Naturaleza y por el uso que se hace de ellas. El espíritu científico es elemento integrante del espíritu culto, porque la ciencia ha invadido todas las parcelas de la vida humana: lo razonable, lo verificable, la explicación intramundana de la vida, de la naturaleza y del hombre a partir de las premisas de la ciencia, forma parte del espíritu europeo con unas repercusiones muy concretas y conocidas en la religión, la sexualidad y la moral.

En la cultura europea, además, la referencia al pasado ha cedido el paso a la necesidad de comprender la significación de los cambios presentes y de atisbar los contornos del futuro. Si la cultura actual mira hacia atrás (que lo hace poco), es con mirada crítica y en función de otras coordenadas temporales, desde las que ya comienza la impugnación de la cultura establecida y el rechazo de la herencia. Porque, con la vista en ese futuro, se aspira a una nueva civilización pos-

industrial penetrada de la idea de la dignidad del hombre y de sus derechos, centrada en el hombre y su libertad y orientada hacia su realización en el mundo. «La felicidad que nuestros ingenieros preparan al hombre de mañana—resumía ásperamente el presidente Pompidou en su *Nudo gordiano*—se parece verdaderamente demasiado a las condiciones de vida ideales para animales domesticados» (29).

b) Cultura europea multidimensional por su *conciliación de aspectos dispares*, por su carácter dialéctico. Es «una civilización del porvenir, del poner-en-cuestión y del libre examen» (30) que liga a la vez polos extremos: conservadurismo y progresismo, autoridad y libertad, totalitarismo e individualidad, religiosidad y laicismo, catolicismo y protestantismo, diversidad y unidad, individualismo y solidaridad. Todo ello con un valor de libertad, tolerancia e integración.

Tal actitud concierne también a la coexistencia cultural entre las dos grandes fuerzas de nuestro tiempo: capitalismo y socialismo. Según Lukács, no basta la internacionalización de la ciencia y de la técnica para lograr aquella coexistencia entre dos concepciones del mundo que inciden en toda la vida humana, sino que es preciso un conocimiento mutuo y la abolición del prejuicio de considerar hostiles las manifestaciones culturales del otro campo (31).

c) Multidimensional, también, en los *objetos e instrumentos culturales*. En Europa se vive una cultura de elección, donde el individuo puede optar entre una pluralidad de opiniones contradictoriamente expresadas, de ideas, creencias y valores, rasgo éste común a la pujante cultura norteamericana y que la diferencia radicalmente del dogmatismo soviético. Cada persona y cada comunidad regional tienen en Europa el deseo de expresarse originalmente y buscan una identidad cultural auténtica.

«Europa—afirma Tierno Galván—se va construyendo y entendiendo como un conjunto de regiones culturales, económicas y sociales y no como un conjunto de naciones»; y preguntándose por los efectos que producirá en el plano cultural el proceso de integración europea, admite dos hipótesis: la de una homogeneidad cultural y—lo que para él es más probable—la de un pluriculturalismo (32).

El pluralismo como actitud y como tendencia revaloriza las culturas particulares y locales, tiende a multiplicar los centros y modelos, contrarresta la tendencia a uniformar comportamientos y supone un factor positivo de equilibrio y de fecundidad creadora. Así se ve en las naciones con varias culturas o minorías culturales (Suiza o Alemania,

por ejemplo): reconociendo e incluso institucionalizando su pluralismo cultural se han robustecido como países.

3. *El desarrollo y la democracia cultural*

Es otra gran línea a considerar dentro del marco europeo. La idea del desarrollo cultural como dimensión del desarrollo integral apareció en la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales organizada por la Unesco en Venecia en 1970, y busca fundar ese movimiento creador en la mayor participación posible de la sociedad para beneficio de ésta en su totalidad.

El punto de partida es el derecho a la cultura como un derecho esencial del hombre, cuyo reconocimiento generalizado es consecutivo a la cooperación cultural internacional y a la consagración alcanzada en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. La meta deseada es la democracia cultural. Esta expresión, «democracia cultural», constituye palabra y objetivo clave del Consejo de Cooperación Cultural del Consejo de Europa en el citado «Plan a medio plazo». Su definición nos sitúa en una perspectiva de participación creadora: no se trata sólo de crear beneficiarios de la cultura, sino actores y definidores de la misma. Estas ideas reflejan el sentimiento común a los países europeos de que, cuando se participa en actividades culturales, la garantía del éxito no es sólo la calidad del resultado, sino el proceso mismo de participación, descubrimiento e imaginación creadora.

4. *Intercambio y cooperación culturales*

Otra marcada tendencia de la cultura europea contemporánea es la del intercambio y cooperación. Favorecida por la movilidad de nuestros días y por los medios de comunicación, el intercambio es un signo más de la voluntad de unión y convivencia que caracteriza al hombre europeo. En el informe sobre el «Plan a medio plazo» del Consejo de Cooperación Cultural se insiste en esta línea, destacando los principios en que se basa: respeto a la diversidad, ayuda a los Gobiernos, cooperación con organizaciones intergubernamentales, puesta en común de ideas, experiencias e investigaciones.

A este mismo espíritu responden los grupos e Institutos de estudios

européos y una serie de Colegios y Fundaciones que trabajan en pro de una «Comunidad Europea de la Cultura» (33). El informe Tindemans propone al Consejo de Europa la creación de una Fundación Europea para promover todo lo que pueda convenir a una mejor comprensión entre los pueblos y especialmente en el contacto humano y cultural (34).

5. *Una cultura en crisis*

Un último punto en este somero análisis. La cultura europea actual experimenta también una crisis profunda que afecta a creencias, ideas, valores y a la organización misma de la sociedad. En la crisis se dan cita muchos factores: «el malestar de la cultura» descrito por Freud como consecuencia de contradicciones íntimas no resueltas (35); la «conciencia de decadencia» sentida por muchos intelectuales, desde Spengler (36); la transmutación de la función de la cultura respecto a la praxis, renunciando a intervenir en ella, criticada por Adorno (37); el engreimiento de una cultura elitista, «contestado» ardientemente en la revolución de mayo de 1968 (38); el repudio de la cultura establecida, y la puesta en cuestión de valores tradicionalmente vinculados a la sociedad burguesa, etc.

A ello hay que añadir las perturbaciones del ambiente cultural a consecuencia de los avances científicos y tecnológicos y del cambio consiguiente en las formas de vida; la comercialización de los productos culturales, manipulados y desviados de su función originaria; el condicionamiento de la cultura por intereses políticos y económicos, frente a los que se alzaba Eliot, celoso de la independencia ética de la común cultura europea; el deterioro de valores espirituales por la excesiva búsqueda de comodidad y bienestar; el éxodo de cerebros a Norteamérica, y el hecho de que, como dice Braudel, pese a las realizaciones de cooperación, «Europa, como idea cultural a promover, ocupa el último lugar de la lista de programas a poner en práctica» (39).

Mas el hecho es que en Europa «somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y hacia la Historia». Esta afirmación del Concilio Vaticano II (40) alude, en suma, a una cultura europea multidimensional, de carácter dialéctico, laica y liberal, pluralista y tolerante, con contradicciones, crisis y problemas, pero que en medio de sus debilidades saca fuerzas para proyectos de democracia cultural, progreso y cooperación, cada vez más extensos.

En estas coordenadas ha de moverse todo país que pretenda definirse como europeo en el plano cultural, aunque ya lo fuere por razones de historia y de geografía.

CAMINOS DE ACCESO

Hemos visto una serie de rasgos, tendencias y aspiraciones culturales europeas, con cuyas mejores calidades quisiéramos emparejar. Hemos presentado también algunos aspectos de la cultura en España, de cara precisamente a un diálogo y a un acercamiento hacia Europa. Ahora sólo nos resta contemplar lo que podríamos llamar «camino de acceso». Caminos a recorrer por nosotros mismos como otras tantas posibilidades de futuro. Y caminos cuyos indicadores fundamentales son, a nuestro juicio, tres: recuperación, apertura y promoción de la cultura española.

1. *Recuperación*

Se impone, en efecto, una recuperación de una parte importante de nuestra cultura anterior, olvidada o marginada. En concreto, el pensamiento liberal y humanista más próximo (41) y todo aquello que nuestra tradición cultural nos entrega como fuente y fuerza. Porque no se trata de romper con la tradición, ni de considerarla una «damnosa haereditas» —al modo del Unamuno de *En torno al casticismo*—, sino de tomar de ella lo realmente valioso para enfrentarnos con las nuevas empresas del futuro.

Recuperación también de los valores y fuerzas culturales ausentes de España o perdidas —dentro o fuera— tanto por razones políticas como por motivos materiales y profesionales. Recuperación igualmente de las ideas y contenidos culturales extranjeros que debieron entrar y no entraron. Se precisa una puesta al día para remediar las ausencias de libros, películas y cuadros que quedaron fuera. Hay que seguir traduciendo, importando y exhibiendo lo que es auténtica realidad cultural caracterizadora de Europa.

2. *Apertura*

Apertura, pues, para recuperar las cosas perdidas en el pasado; pero apertura también para el presente, para la cultura que se está

creando ahora mismo o que sigue presente con especial vigencia. Esta apertura, entre nosotros, significa liberalización.

Liberalizar la cultura es «des-encauzar» sus aguas de los cauces obligados para que discurran según su propia creatividad. Puesto que la cultura es «el testimonio de la vitalidad creadora de una sociedad y la garantía de su firme inserción en el proceso histórico de la Humanidad... o se forja la cultura con libertades o no puede existir», señala Lázaro Carreter (42).

Ahora bien, puesto que la cultura o una cualificada parte de ella siempre será un elemento crítico, discrepante o incómodo —¡desdichada la madre que no tiene un hijo crítico!, exclamaba Feijoo—, admitir su libertad presupone una mentalidad cívica tolerante y liberal que hay que consagrar definitivamente entre nosotros, como lo está en los países de nuestra referencia. Como consecuencia de ella, apertura dentro de España para que quepan juntas y convivan las distintas ideologías, las diferentes concepciones de la vida, las diversas creencias y valores: esto es, pluralismo cultural para los individuos y los pueblos españoles, que se aprende en la familia, en la escuela, que se ha de respirar en todos los sectores de la vida pública. Todo un programa, en suma, de convivencia cultural.

Apertura también hacia Europa (y hacia el mundo). Se deben abolir los Pirineos como frontera cultural, haciendo definitiva la histórica frase de Luis XIV. Hay que proyectarse hacia Europa por «patriotismo europeo», como dice Julián Marías (43). España, colectivamente, debe trabajar en los presupuestos europeos que Laín proponía recientemente en la recepción del Premio «Montaigne» con el que fue galardonado.

Para ello es deseable y necesario un mayor intercambio cultural. Si es verdad que después de estar más atentos hacia Hispanoamérica y hacia el mundo árabe, España está equilibrándose ahora con una mayor atención hacia Europa, esta política hay que celebrarla y continuarla aún más.

Por otra parte: exportación de la mejor cultura española. No emigración, sino envío. Más y mejor presencia española en instituciones internacionales culturales, en congresos y reuniones, a través de institutos de cultura y de lectorados en las Universidades con altura y relevancia. Contra «la sordera ante lo español» de la que se ha lamentado Buero Vallejo, quizá sea lo mejor no gritar más fuerte nuestras cuatro cosas de siempre, sino ir ofreciendo cada vez más elementos y de mejor calidad. Que se salga a Europa, a sus Universidades y a su

cultura, para ver, aprender y traer; pero también para contar y ofrecer a través de los medios posibles lo mejor que entre nosotros se hace.

3. Promoción

Y promoción. Si realmente se quiere una expansión de nuestros propios valores fuera de España, no hay más remedio que dedicarse a una tarea previa: la promoción de la cultura dentro de España, cuantitativa y cualitativamente, con todos los medios posibles: financiación, personal, instituciones, aportación de ideas, esfuerzo de imaginación, apoyo a las iniciativas existentes.

De todo este vasto programa de promoción permitanme destacar los siguientes puntos:

a) Quizá la primera tarea sea la de crear un *clima favorable para la cultura*. Evitar todo lo que hemos visto que es causa de la atonía, de la represión o del marasmo. Y además favorecer la estima por la cultura, por el saber, por la ciencia y por la vida intelectual, literaria y artística, por las obras de este carácter y por quienes las hacen. Estima, consideración y aprecio, que caracterizan el talante cultural de un pueblo.

b) Para que esto sea así hay que comenzar «educando para la cultura», avanzar por el camino de la *reforma de la educación*, entendida como un servicio público prioritario: lograr una escolarización total, una igualdad de oportunidades auténtica y una Universidad que sea verdadero foco de aprendizaje, de investigación y de difusión cultural.

Y esto no sólo en los saberes literarios y artísticos: «la carroza de la civilización española no puede marchar exclusivamente, como hasta hoy, apoyada solamente en las doradas ruedas de la literatura y del arte», decía Ramón y Cajal. Para triunfar en las pacíficas contiendas de la vida internacional y evitar tumbos y caídas es fuerza añadirle las dos sólidas ruedas de la ciencia y de la industria originales. Por no haber, sino de tarde en tarde, sentido esta verdad trivial, nuestra cultura actual constituye, salvo excepciones consoladoras, remedo servil de la extranjera (44).

c) Con respecto a la *misión del Estado* en esta política debe afirmarse que su específica competencia es la de nutrir y no interferir el desarrollo cultural del país, fijando un marco de normas jurídicas que respete el sentido plural de la sociedad y la libertad de creación y

elección de sus hombres, sus clases y sus regiones, al igual que sucede en los países europeos que nos sirven de referencia. Lejos, pues, de todo dirigismo, que forzosamente acaba por privar a los disidentes de una libertad —la de pensamiento—, que por pertenecer al ámbito de los derechos de la persona es inembargable por la política. «Cuando siento la mano del poder pesando sobre mi frente, escribía Tocqueville, me importa poco saber quién me oprime» (45).

Habría que insistir también en que el fomento cultural, entendido como actividad del Estado, no excluye, sino que reclama, otras iniciativas paralelas que configuren y estructuren con su acción la variedad cultural del país, tantas veces recortada y uniformada en la historia en merma de sus posibilidades de crecimiento y espontaneidad.

Toca, pues, al Estado impulsar, fomentar, promover y respetar. Todo ello de forma que sea la sociedad misma y sus diversos estamentos la que cree, reciba, participe y juzgue de su propia cultura.

d) Y aquí una última palabra sobre los *impulsos privados de la cultura*. Entre ellos se encuentran las Fundaciones, en cuyo mundo yo me sitúo ahora. Es un hecho reconocido que la escasa fructuosidad del mercado de objetos culturales superiores se compensa en parte con subvenciones oficiales y en parte con aportaciones de instituciones privadas. Las ayudas concedidas a intelectuales, científicos, escritores o artistas por entidades sin fines lucrativos —hoy quizá más realistas y menos aristocráticas, más sociales y menos personalistas que en otros tiempos— son un complemento de apoyo a la promoción de la cultura (46).

Basadas en el principio de subsidiaridad, que les hace acudir con su ayuda a donde no llega la acción del Estado, o a campos más olvidados o marginados, o donde el riesgo es mayor, las Fundaciones despliegan entre todas una actividad cultural considerable en una doble vertiente: por una parte, mediante su financiación, se llevan a cabo estudios, investigaciones y trabajos de creación literaria y artística, o se forman, más o mejor, especialistas en los distintos campos. Muchas veces esto se lleva a cabo en el extranjero, con lo cual se contribuye a cierta importación de cultura de calidad y a una cierta presencia española cualificada en centros extranjeros. Por otra parte, algunas Fundaciones desarrollan día a día una serie de actividades culturales, exposiciones de arte, conciertos musicales, reuniones científicas y humanísticas. De esta forma —al menos tal es la intención y la experiencia de la Fundación que represento— se tiene conciencia de aportar lo que ellas pueden al desarrollo cultural comunitario.

Las Fundaciones saben que su ámbito de acción y sus posibilidades son limitadas, incluso que su tarea la hacen con deficiencias y fallos y sometidas a los condicionamientos sociales; pero, a la vez, saben y esperan que su labor sea punto de partida para resultados mayores, en la perspectiva de una eficacia orientada al futuro.

CONCLUSIÓN

Y termino ya. Progreso es la idea de que todo es accesible al esfuerzo humano. Se ha dicho que la fuerza irresistible del progreso es producto de la reflexión y del estudio del pasado. Creo que una y otro deben animarnos a los españoles a superar viejos recelos y a atender a nuestras propias conveniencias en este momento de nuestra historia. Sánchez Albornoz señalaba hace ya más de treinta años una quijotesca misión para España, como elemento activo de Occidente, a cuya forja ha contribuido desde tiempos remotos: la de predicar, trabajar y luchar por la unidad de Europa, cuya grandeza, afirmaba, es necesaria para el equilibrio político del mundo y, en particular, de la América hispana, nuestra mejor obra civilizadora (47). Y ciertamente constituye todo un programa de acción, al que todo nos invita.

Mis palabras no han buscado sino tratar de iluminar, desde perspectivas culturales, una parte de aquel programa, acaso la más difícil y por ello la de más permanente penetración.

JOSÉ LUIS YUSTE GRIJALBA

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Cf. T. S. ELIOT: *Notes towards the Definition of Culture*, Londres, Faber and Faber Ltd., 1948, p. 21 y s.
- (2) B. VON WIESE: *La cultura de la Ilustración*, Madrid, IEP, 1954, p. 24.
- (3) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *En torno a Galileo*, en «Obras Completas», Madrid, Revista de Occidente, 1974, *passim*.
- (4) ARNOLD TOYNBEE: *A study of history*, London, Oxford University Press, 1972, *passim*.
- (5) P. KOSCHAKER: *Europa y el Derecho romano*, Madrid, Ed. Revista Derecho Privado, 1955, p. 18 y s.
- (6) SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL: *Reglas y consejos sobre investigación científicas*, en «Obras Literarias Completas», Madrid, Aguilar, 1954, pp. 624 y 626.

- (7) FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS: *La juventud y el movimiento social*, en «Ensayos», Madrid, 1960, p. 211.
- (8) K. CLARK: *Civilization*, Londres, BBC, 1969, p. XVII.
- (9) FRANCISCO DE QUEVEDO: *España, defendida en los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos*, en «Obras Completas. Prosa», Madrid, Aguilar, 1961, pp. 489 y 490.
- (10) PIERRE VILAR: *Histoire de l'Espagne*, París, PUF, 1958, p. 81 y s.
- (11) PÍO BAROJA: *Divagaciones sobre la cultura*, «Obras Completas», t. V, Madrid, 1948, p. 517 y s.
- (12) PÍO BAROJA, *op. cit.*
- (13) HELIO CARPINTERO: *Cinco aventuras españolas*, Madrid, Selecta de Revista de Occidente, 1967, p. 16 y s.; JULIÁN MARIAS: *El método histórico de las generaciones*, en «Obras», t. VI, Madrid, Revista de Occidente, 1961.
- (14) LUIS GARCÍA SAN MIGUEL, ponencia sobre *La generación democrática de 1936* en «Coloquio sobre las ideologías en la España de hoy», Madrid, Seminarios y Ediciones, 1972. Tomado de JOSÉ LUIS ABELLÁN, *La industria cultural en España*, Madrid, Edicusa, 1975, p. 275 y s.
- (15) «¿Existe una cultura española», *Cuadernos para el Diálogo* núm. 42, extraordinario, agosto 1974, p. 5.
- (16) JOSÉ LUIS LÓPEZ ARANGUREN: «La cultura española actual puesta en cuestión», *Informaciones* (14-10-1974).
- (17) JOSÉ LUIS ABELLÁN: *La industria cultural en España*, *op. cit.*, p. 72 y s.
- (18) JULIO RODRÍGUEZ VILLANUEVA: Ponencia general en el Seminario sobre *La investigación científica en la Universidad*, Madrid, Fundación Juan March, 1975, p. 55.
- (19) ANTONIO TOVAR: *Universidad y educación de masas*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 151.
- (20) MANUEL AZAÑA: *El Estatuto de Cataluña*, discurso en la sesión de Cortes del 27-4-1932.
- (21) GUILLERMO DÍAZ-PLAJA: *La cultura como noticia*, Barcelona, Dopesa, 1971, pp. 27-28; y *Agendas para una política cultural*, Oviedo, R. Grandio, 1970, p. 3 y s.
- (22) J. L. ABELLÁN: Cap. «Las emigraciones», en *La industria cultural en España*, *op. cit.*, p. 22 y s.; AURORA DE ALBORNOZ: «La España peregrina», en *Triunfo* núm. 507, extraordinario (17-7-1972); GÓMEZ CASAS (y otros): *La España ausente* (Edic. 99, Madrid, 1973); ELÍAS DÍAZ: *El pensamiento español 1939-1973*, Madrid, Edicusa, 1974.
- (23) *La fin des empires coloniaux*, París, PUF, 1959, p. 5.
- (24) KOSCHAKER, *op. cit.*, pp. 492-493.
- (25) BERNARD VOYENNE: *Historia de la idea europea*, Barcelona, Labor, 1975, página 7.
- (26) LEO TINDEMANS: *L'Union Européenne. Rapport au Conseil Européen*, Bruxelles, diciembre 1975.
- (27) Conseil de l'Europe. Conseil de la Cooperation Culturelle. Rapport du Groupe de Travail du CCC. «Plan a moyen terme», 29 Sesión, Estrasburgo, 19-23 febrero 1976. Referencia: CCC (76) 4 43.1970/04.
- (28) Cf. RENÉ MAHEU: *La cultura en el mundo contemporáneo. Problemas y perspectivas*, París, Unesco, 1973.
- (29) G. POMPIDOU: *El nudo gordiano*, París, Flammarion, 1973, p. 203.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA CULTURA ESPAÑOLA Y LA EUROPA ACTUAL

- (30) LEO MOULIN, citado en E. Cornez: *Problèmes de l'humanisme contemporain*, Mons, Fond. E. Cornez, 1964, p. 67.
- (31) G. LUKÁCS: «Problemi della coesistenza culturale», en *Marxismo e politica culturale*, Torino, Einaudi, 1968, pp 175 y s.
- (32) E. TIerno GALVÁN: *Acotaciones a la historia de la cultura occidental en la Edad Moderna*, Madrid, Tecnos, 1964, pp. 325 y s.
- (33) Sociedad Europea de Cultura, Asociación de Institutos de Estudios Europeos, Centro Europeo de la Cultura, propugnado por la conferencia de La Haya y creado en Ginebra en 1949, y Centro Europeo de Documentación e Información.
- (34) LEO TINDEMANS: *Op. cit.*, p. 55.
- (35) S. FREUD: *El malestar de la cultura*, Madrid, Alianza, 1973, pp. 7-89.
- (36) E. SHILS: *La sociedad de masas y su cultura*, en «La industria de la cultura» (varios autores. Comunicación 2, Madrid, Alberto Corazón, 1969), páginas 157 y s.
- (37) TH. W. ADORNO: *Crítica cultural y sociedad*, Barcelona, Ariel, 1975, página 212.
- (38) MICHEZ DE CERTEAU: *La prise de la parole. Pour une nouvelle culture*, Bruges, Desclée, 1968, pp. 92 y s., 132.
- (39) F. BRAUDEL: *Historia de las Civilizaciones*, Madrid, Tecnos, 1975, p. 358.
- (40) Constitución *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II, núm. 55.
- (41) ELÍAS DÍAZ: *Pensamiento español 1939-73*, *op. cit.*, pp. 239 y s.
- (42) FERNANDO LÁZARO CARRETER, encuesta sobre «La cultura ante la nueva situación española», en *Informaciones* (8-I-1976).
- (43) Referencia tomada de HELIO CARPINTERO: *Op. cit.*, p. 227.
- (44) SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL: *Charlas de café*, en «Obras...», *op. cit.*, p. 1243.
- (45) ALEXIS DE TOCQUEVILLE: *De la démocratie en Amérique*, Paris, Gallimard, 1968.
- (46) E. SHILS: *La sociedad de masas y su cultura*, *op. cit.*, pp. 183-185.
- (47) *Testamento histórico político*, Barcelona, Ed. Planeta, 1975, p. 232.

